

En otros términos; es preciso que el hombre encuentre en sí mismo su regla de conducta y las fuerzas necesarias para adaptarse á ella. La voluntad es el agente esencial de la virtud. No es sólo importante para la moralidad de la vida, sino también para la dicha y el éxito. Sin ella no se sabría triunfar de las dificultades ni plegarse á las circunstancias y en los negocios, grandes ó pequeños, hace siempre falta la voluntad, que es hasta un elemento del genio, que Buffon definía « una larga paciencia ». Los inventores, los bienhechores de la humanidad no han realizado su obra más que al precio de nobles esfuerzos y de una energía perseverante. Por último, en todos los grados de la escala social, la voluntad es el principio de la cualidad esencial del hombre : el carácter. El carácter, en efecto, no es tanto el conjunto de nuestras costumbres y de nuestros gustos, como la posesión de una voluntad firme, clara, justa y buena, capaz de hacer frente á los sucesos; y el carácter, así comprendido, es el ideal de la educación moral.

## LECCIÓN XII

### LOS SENTIMIENTOS SUPERIORES. — LA EDUCACIÓN ESTÉTICA. — LA EDUCACIÓN RELIGIOSA.

Los sentimientos superiores. — El amor de la verdad. — La veracidad. — La investigación de la verdad. — El amor de lo bello. — Educación estética. — La educación estética de los antiguos. — Las artes y la moral. — Las artes como fuente de placer. — Testimonio de Stuart Mill. — Las artes en la escuela primaria. — Cultivo del amor de la belleza. — Medios indirectos. — Ejercicios especiales. — Cultivo del gusto. — El arte moralizador. — Excesos que hay que evitar. — El sentimiento religioso. — La educación religiosa en la escuela primaria. — La religión y la moral.

**Los sentimientos superiores.** — La educación moral no sería completa si se propusiese tan sólo cultivar los sentimientos afectuosos y benévolos, el desarrollo de la conciencia y el progreso de la voluntad y de la energía moral. Debe tener también en cuenta el cultivo de los sentimientos superiores que proceden igualmente de la inteligencia y de la sensibilidad y en los que están comprendidos los conceptos más altos de la razón y las emociones más nobles del corazón. Esos sentimientos son el amor á la verdad, el gusto de la belleza, el amor al bien, del que ya hemos hablado (1), y el sentimiento religioso.

**El amor de la verdad.** — En su más humilde forma el amor de la verdad es el horror de la mentira; en su forma más elevada, es la investigación de la verdad, ó sea el instinto científico.

(1) Véase la lección X.

**La veracidad.** — Los pedagogos han estudiado con frecuencia los medios de favorecer en el niño la tendencia á la veracidad, que es para M. Bain, con la justicia y la buena intención, una de las tres virtudes fundamentales.

Lo mejor es, desde luego, dar nosotros mismos el ejemplo de la más escrupulosa veracidad.

Miss Edgeworth condena con razón las « mentiras ingeniosas » recomendadas por Rousseau á los maestros de la infancia. « Tarde ó temprano, dice, los niños descubren que se les engaña y su desconfianza, entonces, se hace incurable. La mejor política es la rectitud, máxima tan cierta en la enseñanza como en los negocios públicos (1). »

Pero el ejemplo no basta y se le deben añadir otras precauciones. Rousseau dice con razón que no se debe jamás tentar la veracidad del niño preguntándole sobre lo que tiene interés en callar ó desnaturalizar. Miss Edgeworth es de la misma opinión. Si con una severidad fuera de tiempo obligamos al niño á ocultar sus faltillas, debemos temer que una vez en esa vía persevere en ella y adquiera la costumbre de mentir.

Cuando el niño confiese por sí mismo sus negligencias y sus irreflexiones, manifestémosle que estamos más satisfechos por su sinceridad que enfadados por su falta. « El placer de ser estimados, de merecer confianza, es delicioso para los niños. »

Si, por el contrario, el niño está dispuesto á mentir, hagámosle saber, sin regañarle mucho, que el resultado de su disimulo será la pérdida de nuestra confianza.

« Un buen medio de corrección, dice M. Marion, es hacer ver que no se presta fe á las palabras del niño sorprendido en flagrante mentira. Basta decirle en tono severo y triste que nos vemos en la penosa necesidad de no creer lo que afirma, y dar pruebas de una confianza absoluta en sus camaradas que nunca

(2) *Éducation pratique*, cap. VIII, de la *Vérité*.

han mentido. Muy inveterada tiene que estar la costumbre de mentir para que resista á este tratamiento empleado con oportunidad (1). »

En otros términos, la educación de la veracidad tendrá por instrumento á los demás sentimientos del niño; al principio el deseo de ser amado por sus padres y por sus maestros, de poseer su confianza, y después por el convencimiento de que la mentira envilece la dignidad personal.

**La investigación de la verdad.** — Pero no basta decir la verdad que se sabe; es también preciso buscar la que no se sabe. La misión más seria de la educación es inculcar el amor de la verdad y combatir la credulidad y el error. En esta tarea ayuda mucho la curiosidad natural del niño, que aspira á conocerlo y á comprenderlo todo. No se trata, naturalmente, de satisfacerla por completo, sobre todo en la escuela primaria; pero si el niño no puede saber todo lo que es verdad, no hay que enseñarle, al menos, nada que sea falso.

Cada vez más debe la educación inculcar á los niños un espíritu científico y ofrecer á sus creencias, no ilusiones que les adulen, sino verdades que les instruyan. Acostumbremos, pues, al discípulo á no aceptar sino las opiniones de que puede darse cuenta y comprobar por sí mismo. Sin excitar prematuramente su espíritu crítico, exijámosle que no decida sino á sabiendas y en virtud de reflexión. No se trata, ciertamente, de hacer de él un pequeño cartesiano que no se rinda más que ante la evidencia, pero sí de apelar á su razón con la mayor frecuencia posible. El placer que siempre lleva consigo la verdad bien comprendida le apartará poco á poco de las verdades ciegas é irreflexivas, y amará la verdad por ella misma, se enamorará de la ciencia, sentirá la necesidad de la investigación personal y experimentará el placer del descubrimiento.

(1) M. Marion, *Leçons de psychologie*, p. 196.

**El amor á la belleza.** — No hemos de ocuparnos aquí en definir exacta y rigurosamente la belleza. Dejamos ese cuidado á los profesores de estética. Para nosotros la belleza se define sobre todo por los sentimientos que excita en el espíritu, por el encanto en que nos envuelven las producciones de la naturaleza y del arte y por la admiración que nos producen.

No se puede poner en duda que el niño es sensible á la belleza. Hasta hay animales que parecen tener de ella una especie de vago sentimiento. M. Pérez prueba con numerosos ejemplos que antes de los tres años se desarrollan y se manifiestan en el niño los instintos de la música y de la belleza visual. En su afición á los animales, en sus preferencias por ciertas personas, en su gusto por las estampas, el niño da muestras de distinguir ya confusamente lo bello de lo feo. Un bonito juguete, una fisonomía agradable, una flor brillante, le atraen y le agradan.

**Educación estética.** — Una educación completa no puede dejar sin cultivo esas disposiciones naturales. Debe, por el contrario, desarrollarlas por sí mismas y porque forman parte de nuestra naturaleza, que resultaría como mutilada si se las dejara extinguirse. Debe además cuidarlas en razón de la beneficiosa influencia que pueden ejercer en la educación moral.

Es, pues, preciso hacer un lugar á lo que se puede llamar *educación estética*. En su sentido más extenso esa educación comprende á la vez la apreciación de todas las bellezas de la naturaleza y del arte, el gusto literario y musical, el conocimiento de las artes plásticas y hasta las diversas habilidades que permiten, no sólo sentir la belleza en las obras de los demás, sino producirla en las propias y personales. No se trata de adquirir esa cultura especial que demuestran los críticos, los artistas y los poetas. Aun considerada como un elemento de la educación general, llamado á asegurar la felicidad y la perfección humanas, la educación estética tiene también su importancia, y es de

sentir que en los pueblos modernos no haya obtenido todavía el crédito de que gozaba en los antiguos.

**La educación estética de los antiguos.** — Los antiguos y, sobre todo, los griegos, contaban con el arte más aún que con la religión para moralizar á los hombres. En Atenas la educación moral era ante todo una educación estética. Platón opinaba que el alma se eleva al bien por la belleza. « Bello » y « bueno » eran dos palabras que los griegos asociaban constantemente.

« Es preciso, decía Platón, buscar artistas hábiles, capaces de seguir las huellas de la naturaleza en la belleza y en la gracia para que los jóvenes educados entre sus obras, como en un aire puro y sano, reciban sin cesar sus saludables impresiones por los ojos y por los oídos, á fin de que desde la infancia todo les lleve á amar y á imitar la belleza y á ponerse con ella en perfecto acuerdo. Por esa razón la música es la parte principal de la educación, porque al penetrar en el alma el número y la armonía se apoderan de ella y hacen entrar la gracia consigo cuando se da la educación como conviene, mientras que sucede lo contrario cuando se la descuida. Un joven educado convenientemente en la música percibirá con la mayor perspicacia todo lo que haya imperfecto ó defectuoso en las obras del arte ó de la naturaleza y será justamente impresionado por esos defectos; por lo mismo elogiará lo que encuentre bello, lo dará entrada en su alma y se formará así para la virtud, mientras que sentirá un desprecio y una aversión natural hacia lo que encuentre vicioso. Esto le sucederá en la más tierna edad, antes de ser iluminado por la luz de la razón; pero tan pronto como ésta aparece, la abrazará como una amiga, á cuyo conocimiento le había preparado la música. »

Lo que Platón llama *música* es lo que hoy llamaríamos el arte en general, y á sus ojos el arte es, por decirlo así, un escalón de la virtud, una preparación para la vida de la razón.

Los antiguos han tenido siempre la tendencia á no aislar la moral y á confundirla, unas veces con la investigación de la verdad y otras con el amor al bien. Sócrates afirmaba que el bien y la verdad eran la misma cosa y los estoicos proclamaban la identidad de la belleza y de la virtud.

**Las artes y la moral.** — Hay, en efecto, relaciones estrechas entre las artes y la moral.

« El arte debe ser enseñado al niño, dice M. Marion, porque tiene una potencia educadora incomparable. La belleza es esencialmente *orden y armonía*, y ese orden y esa armonía pasan de la imaginación y de la inteligencia al corazón y se manifiestan pronto al exterior por la elegancia y por la gracia; se observa una justa proporción en los movimientos y se acaba por encontrarla en los actos. El buen gusto toma fácilmente la forma del respeto hacia sí mismo. ¿No es un lugar común que el arte dulcifica las costumbres privadas y públicas? Hay faltas y tendencias que un espíritu acostumbrado á vivir en contacto con la belleza no puede siquiera concebir ni tolerar (1). »

El mal, en efecto, es cosa fea y repugna á la delicadeza de un alma sensible á la belleza. Y si se entra en el detalle de las diferentes bellezas que la naturaleza y el arte producen para el encanto y el ennoblecimiento de la vida, resulta más evidente aún la influencia moralizadora de la belleza. Los espectáculos de la naturaleza apaciguan las pasiones y nos envuelven con su pureza y su inocencia. Las artes plásticas nos revelan, al menos, y nos comunican la gracia y la elegancia de los movimientos del cuerpo. La música, la más penetrante de las bellas artes y á la que los antiguos atribuían un papel preponderante en la educación de la virtud, transmite al alma un cierto contagio de orden y de armonía. La poesía, en fin, nos educa y nos encanta con sus inspiraciones más precisas y nos conmueve de admiración hacia las hermosas obras que celebra y que propone como modelos á nuestro entusiasmo.

**El arte como fuente de placer.** — Las artes no son solamente elementos de moralidad, sino que deben también ser recomendadas como principio de las emociones más dulces, más vivas y más elevadas que puede gozar la naturaleza humana. No se trata, natu-

(1) M. Marion, *Leçons de psychologie*, p. 200.

ralmente, de destetar al hombre con el placer; tratemos de que le busque y le encuentre en los puros goces del arte.

« En las emociones que dan las artes, dice M. Bain, debemos ante todo ver una fuente de placer. Su papel en la educación intelectual es el de todo placer que no es excesivo; nos alientan, nos descansan y nos animan al trabajo. »

Los placeres artísticos, en efecto, no tienen nada de corruptor; calman y pacifican el alma; la disponen, en vez de apartarla, á los estudios serios y no comprometen ni la delicadeza de los sentimientos ni la fuerza de la razón. Ocupan mejor que cualquiera otra diversión las horas de ocio y los intervalos de la vida activa, y al dejarlos, se emprenden sin violencia los trabajos y las obligaciones de la profesión ó del oficio de cada uno. Á los que intenten negar la influencia moralizadora del arte y no quieran comprender cuán poderoso es para purificar y ennoblecer las almas, les responderemos que los sentimientos estéticos son buenos por ellos mismos, porque nos procuran goces exquisitos, saludables y sanos, y son buenos también porque se sustituyen á los placeres inferiores, de orden puramente material, en los que se pierden las costumbres y se envilece el corazón. « Si consideramos la educación como un medio de hacer felices á los hombres, dice M. Bain, debe ciertamente comprender el conocimiento de las artes. »

**Testimonio de Stuart Mill.** — Los espíritus más científicos y más dominados por el amor de la verdad, no son generalmente insensibles á las seducciones del arte. Stuart Mill cuenta en sus *Memorias* que su primera educación, dirigida por un padre severo, estuvo dedicada por completo á la reflexión abstracta, á la lógica, á la ciencia. Á los tres años sabía el griego, á los doce conocía la lógica y á los trece aprendió el cálculo integral. ¿Qué resultó de aquella educación exclusivamente intelectual y de aquella instrucción

forzada? Durante los años de la adolescencia se apoderó de él una verdadera tristeza y un gran disgusto de vivir. Á los veinte años pasó un invierno entero queriendo ahogarse todos los días. Pero cayó en sus manos un libro de poesía, se aficionó á la música y eso fué su salvación. Entonces comprendió la importancia de las primeras emociones, de los sentimientos que hacen amar la vida y la embellecen con sus encantos.

**Las artes en la escuela primaria.** — Las artes han penetrado muy poco todavía en la educación popular. El niño del pueblo dispone de tan poco tiempo para su instrucción, obligado á aprender en cinco ó seis años tantas cosas inmediatamente útiles y prácticas, que se duda en imponerle aún la nueva carga que supone el estudio, aun elemental, de las artes.

Sería, sin embargo, de desear que la educación popular no estuviese exclusivamente subordinada á procurar el interés material y que se hiciese en ella un lugar lo más ancho posible para el cultivo desinteresado del gusto y del sentimiento de la belleza.

« El hombre del pueblo, dice elocuentemente M. Ravaisson, sobre el que gravita tan pesadamente la fatalidad material, encontraría el mejor alivio de su dura condición si sus ojos fueran abiertos á lo que Leonardo de Vinci llamaba *la belleza del mundo* y si estuviera llamado á gozar del espectáculo de esas gracias que se ven repartidas por este vasto universo y que cuando se hacen sensibles al corazón, según la expresión de Pascal, endulzan más que nada las tristezas y dan como un presentimiento de mejores destinos. »

**Cultivo del amor de la belleza.** — Desde la primera infancia se debe acostumbrar al niño á respirar, por decirlo así, las bellezas que le rodean. Hasta en el campo, donde faltan las obras de arte, los detalles bellos ó sublimes que ofrece la naturaleza bastan para esa primera educación estética. Más tarde el hombre del campo, hecho labrador, se sentirá acaso sostenido en su rudo trabajo por el amor hacia las bellezas campestres.

« Es preciso hacer al niño sensible desde muy temprano á la belleza de los árboles, de las flores, de los pájaros, de los insectos, de todas esas maravillas al lado de las cuales pasaría, acaso, sin verlas. Hay que conducirlo á la pura fuente de los desinteresados goces de la admiración (1). »

« Para la lengua de la imaginación, decía en el mismo sentido Mme Necker de Saussure, el primer vocabulario está en la naturaleza. »

« Una prueba, dice Herder, de la profunda barbarie en que educamos á nuestros hijos, es que descuidamos el darles en su más tierna edad, una profunda impresión de la belleza, de la armonía y de la variedad que presenta nuestra tierra (2). »

**Medios indirectos.** — El decorado de la escuela, los sencillos adornos con que se la embellezca, las estampas que ostenten sus paredes, las ilustraciones de los libros de estudio son medios indirectos de preparar al niño á saborear la belleza. No es posible esperar que los niños de nuestras escuelas vivan, como los de Atenas, entre obras maestras de arte y, por decirlo así, en un pueblo de estatuas; pero al menos que se les rodee en lo posible de objetos que no rechace el buen gusto y que hasta en los juguetes se evite todo lo que sea feo y repugnante, todo lo que por su naturaleza pueda dar malas costumbres al oído y á la vista (3). Que se le abran también los tesoros de las artes por paseos á los museos y á las bibliotecas.

**Ejercicios especiales.** — Á esos medios indirectos hay que unir ejercicios especiales. Los recientes pro-

(1) Mlle Chalamet, *l'École maternelle*, p. 150.

(2) Herder, *Idées*, I, I, cap. IV.

(3) Un elegante y juicioso escritor, M. Rigault, insiste con vivacidad en los inconvenientes de los juguetes feos:

« ¿Por qué del sonajero, ese muñeco que es el primer juguete del niño, se hace casi siempre un ser deforme, jorobado por delante y por detrás, de boca hundida y unida con la barba? La primera imitación de la naturaleza que hiere los ojos del niño es la figura de un monstruo y conoce el arte por medio de la fealdad. Y no es eso todo. En el cuerpo de ese muñeco zambo y jorobado se coloca un agudo silbato cuyo sonido desgarrá el oído naciente del niño. Se dice que es para divertirle. He aquí la primera idea que se le da de la música; empieza la vida por una nota falsa. Estoy convencido de que todos los años la educación del niño con ese juguete destruye en germen en nuestro país una multitud de pintores y de músicos. (Rigault, *Œuvres complètes*, t. IV, p. 276).

gramas de enseñanza de Francia han aumentado, con razón, el lugar concedido al dibujo y al canto en las escuelas primarias (1).

Esos estudios, por lo demás, deben ser muy elementales.

« La escuela, dice M. Rendu, no debe hacer ni mecánicos, ni agricultores, ni geómetras, ni gimnastas, y tampoco debe hacer músicos. La escuela *inicia* al niño en los conocimientos que necesitará cuando sea hombre; bosqueja y no concluye (2). »

M. Ravaisson, en el notable artículo que hemos citado, da la preferencia al dibujo de la figura humana. Acaso, dígase lo que se quiera, para los alumnos de la escuela primaria, para futuros obreros, sería de más utilidad el dibujo de adorno, el geométrico, porque les prepararía mejor a las profesiones que han de ocupar su vida.

**Cultivo del gusto.** — Una educación estética elemental debe cultivar el gusto más aún que el talento de ejecución; pero no ese gusto refinado y puramente crítico que escudriña sencillamente los defectos de las obras de arte y que no conviene más que a los especialistas, sino ese gusto amplio y beneficioso que confina con el entusiasmo, se aplica a todas las bellezas y no se ejercita solamente en la apreciación de las cualidades literarias, sino en el goce de todas las artes.

« Unos pocos hombres son artistas, dice M. Bain, y los demás gozan de las obras producidas por los primeros. Sin tocar un instrumento se adquiere el gusto de la música escuchando hermosas piezas. Para las artes que hablan a los ojos, la pintura, la escultura y la arquitectura, el gusto exige una instrucción prolongada. Para la poesía, todo profesor de literatura debe desarrollar el gusto poético desde el doble punto de vista del placer que en él encontramos y del discernimiento de la belleza (3). »

El gusto literario y poético son los más fáciles de

(1) Véase la segunda parte de esta obra.

(2) E. Rendu, *Manuel de l'enseignement primaire*.

(3) *Science de l'Éducation*, t. III, cap. III.

desarrollar, primero porque las obras maestras son más abundantes en este género que en otro alguno y además porque los modelos literarios están al alcance de todo el mundo y no es preciso para gozar de ellos forzar las puertas de un museo.

**El arte moralizador.** — No nos cansaremos de repetir que la cultura estética nos preocupa menos como educación desinteresada que como auxiliar de la educación moral. Esta aplicación del arte ha sido puesta claramente de relieve por un escritor contemporáneo, en el siguiente párrafo:

« Se conoce el sistema de esos padres, de esas madres, de esos preceptores que creen que en la educación solamente son eficaces los regaños y que no se forma un alma joven más que con sentencias. En esa especie de educación, ó más bien de régimen, si se ve que las máximas solas no son tragadas fácilmente, se piensa en recurrir a un saludable engaño y se deslíe el remedio en un cuento para hacerle pasar sin que lo advierta el paciente, imitando a aquel médico que no podía hacer tomar a una enferma una planta amarga y se dedicó a alimentar con ella una cabra, cuya leche, impregnada de la virtud medicinal, devolvió, según dicen, la salud a la enferma. Así se adoptan mil medios insidiosos y astutos para infundir los preceptos de la honradez. Se diría que la honradez es una cosa funesta y desagradable, a la que hay que endulzar y falsificar para que sea admitida. Aun suponiendo que esta situación sea buena, ¿es única? ¿No es un hecho que los niños obtienen mayor provecho viviendo con un hombre honrado que vive noblemente, que no expresa más que grandes sentimientos y que por sus palabras, por sus ejemplos reparte en su derredor una influencia beneficiosa, sin recurrir jamás al lenguaje de las *moralidades*? Se puede decir que en las sociedades el arte se parece a un hombre honrado. Si sabe lo que debe ser, si es grande y puro, delicado ó instruido, purifica por su misma delicadeza y enseña al mostrarse (1). »

**Excesos que hay que evitar.** — Pero sea lo que quiera lo que se piense de la virtud educadora del arte, hay que desconfiar de la exageración y resistir a los que dicen que « la belleza es la palabra de orden de

(1) Artículo de M. Martha en la *Revue des Deux-Mondes*, 15 de Abril de 1879.

la educación, como es la del universo. » No; la educación real del hombre no puede por desgracia contentarse con las dulces y vagas inspiraciones del arte; el niño no puede crecer rodeado de himnos y cánticos, *in hymnis et canticis*, porque eso sería como educarle en el juego y en un perpetuo recreo. Los placeres estéticos, aunque puros y elevados, son siempre placeres que participan de la naturaleza de la sensibilidad, y esta no debe ser la regla de la vida.

El abuso de los sentimientos estéticos enerva y debilita el alma y forma espíritus extremadamente delicados que no saben afrontar con valor las fealdades é impurezas de la vida real. « Los delicados son infelices » decía La Fontaine, dando á entender que no tienen bastante fuerza para resistir las pruebas de la vida ni para sobreponerse á las dificultades y á los obstáculos. Infundamos en los corazones una noble aspiración hacia el ideal, pero no olvidemos que la vida se forma de realidades, que la existencia no se asemeja en nada á una poesía amable, adornada de canciones, en la que no habría más que dejarse llevar por la pendiente seductora de los placeres del gusto. Hay en ella esfuerzos que realizar, luchas que sostener y miserias que combatir, y para preparar al hombre á las luchas de la vida hace falta un aprendizaje viril, desarrollar la inteligencia más que la imaginación y cultivar la ciencia más que el arte y que la poesía.

**El sentimiento religioso.** — Cualquiera que sea la importancia del sentimiento religioso en la vida, no diremos acerca de él sino algunas palabras, pues ese sentimiento va unido á doctrinas y creencias en las que la filosofía de la educación no tiene para qué ocuparse.

Mientras que en Inglaterra y en otras partes se pide todavía al maestro de escuela que enseñe la religión, « presentándola á la vez con su carácter propio y como base de la moral más elevada (1) » en Francia

(1) *Science de l'Éducation*, p. 305.

se ha adoptado el partido de separar la escuela de la iglesia y de dejar á los ministros de los diferentes cultos el cuidado de catequizar á los niños.

¿Es esto decir que nosotros creemos que se debe separar de la enseñanza propiamente dicha todo lo relativo á la educación religiosa? No, seguramente. Fuera de las formas y de los ritos, fuera de los dogmas particulares, hay una aspiración natural del hombre hacia la religión, ó sea, según la definición de M. Marion, « hacia un conjunto de creencias que van más allá del saber positivo y que hacen referencia al lugar del hombre en la naturaleza y á su destino (1). »

Á nuestro modo de ver el papel del educador debe ser pasivo en esta materia. Debe respetar escrupulosamente todas las creencias del niño y no hacer ni decir nada que pueda herir los sentimientos religiosos que le han inculcado sus padres ó sus directores eclesiásticos. Pero ¿debe ir más allá? ¿Conviene que el maestro salga de esta actitud de deferencia y de respeto para intervenir activa y directamente en el sentimiento religioso? Muchos grandes talentos no dudan en responder afirmativamente.

**La educación religiosa en la escuela.** — Uno de los organizadores de los programas de 1882 en Francia, M. Paul Janet, ha definido claramente el papel que corresponde á la educación religiosa en la enseñanza moral. Le dejamos la palabra :

« El coronamiento natural de la instrucción moral de la escuela será el conocimiento de Dios. Se enseñará á los niños que la vida tiene un objeto serio, que los hombres no son un producto de la casualidad, que hay un pensamiento sapiente que vela sobre el universo y que una mirada vigilante penetra en todas las conciencias. »

« Á los cultos particulares corresponde enseñar y prescribir los actos determinados, en forma tradicional. Se debe sobre todo despertar en las almas el sentimiento religioso y hacerlas comprender que el sentimiento y el pensamiento de Dios pueden

(1) *La Réforme universitaire*, curso de M. Marion, lección 10ª.

mezclarse en todos los actos de la vida y que toda acción puede ser á la vez moral y religiosa, siendo el cumplimiento de la voluntad de la Providencia. *Quien trabaja, reza*, dice el proverbio francés. Una vida que procura conservarse pura y virtuosa es una oración continua. La oración determinada, bajo forma particular, es del dominio de las religiones positivas. Nos parece que este modo de comprender los deberes para con Dios no puede ofender á nadie, porque el Estado no sostiene que la piedad puramente interior sea suficiente y deja á las diversas religiones el cuidado de demostrar que no lo es. Los que piensan así están más autorizados que nadie para pedir á los padres que completen la educación religiosa de sus hijos por la enseñanza de la Iglesia (1). »

**La moral y la religión.** — Al hablar así, M. Janet se inspira en algunos de los más grandes maestros de la pedagogía moderna, en Rousseau y en Kant especialmente.

Para Kant, la moral y la religión son inseparables, pero he aquí cómo entiende sus relaciones el filósofo alemán.

Según él, la moral es la base y el fundamento de la religión, y ésta es consecuencia de aquélla. Porque se cree primeramente en el deber, imperiosamente revelado por la conciencia, se eleva el pensamiento á la idea de Dios y á la esperanza de un destino inmortal (2).

« La religión, dice, es la ley que reside en nosotros en tanto que recibe su autoridad de un legislador y juez supremo; es la moral aplicada al conocimiento de Dios. Cuando la religión no se une á la moralidad, no es más que un modo de solicitar el favor celestial. Los cánticos, las oraciones, la asistencia á las iglesias; todas esas cosas no deben servir más que para dar al hombre nuevas fuerzas y nuevo valor para trabajar en su mejoramiento; no deben ser sino la expresión de un corazón animado por la idea del deber. Son preparaciones para las buenas obras, pero no buenas obras en sí mismas, pues no se puede agradar á Dios más que haciéndose mejor... No hay que empezar por la teología; la religión que solamente se funde en ella,

(1) Informe de M. Janet á la sección permanente del Consejo superior, 20 de junio de 1882.

(2) Kant, *Pédagogie*, p. 243.

no contendrá nada de moral ni habrá en ella más que el temor del castigo, ó la esperanza de la recompensa, lo que producirá un culto supersticioso. Es, pues preciso, que la moral preceda y la teología venga después, y esto es lo que se llama religión. »

En otros términos; Dios no debe aparecer en la conciencia sino después del deber. De la idea de la ley nos elevamos á la del legislador. Las acusaciones de la conciencia son como los embajadores de Dios en nuestra alma.

Por difícil que sea para la inteligencia infantil la marcha que acabamos de indicar, creemos que es la única que conviene en una enseñanza laica y en una instrucción universal. No introduzcamos al niño en las querellas religiosas. Seamos sobrios en todas esas cuestiones que dividen á los hombres y en las que todavía no se ha hecho la luz. La religión no es nada cuando es una serie de fórmulas aprendidas de memoria é impuestas por la fuerza. Respetemos la libertad del niño, no estorbemos en nada su impulso hacia el ideal, hacia lo infinito, y no tratemos de obligarle á creer lo que no comprende. Trabajemos ante todo por la moral y echemos los primeros cimientos sobre bases bastante sólidas para que el día en que una crisis arrebatase las creencias religiosas no desaparezca con ellas la idea del deber.